

REFLEXIONES DEL PRESIDENTE DE LA CEB

Profecía

Cuando uno busca el significado de la palabra “profecía” encuentra estas definiciones: “Profecía es un don sobrenatural al través del cual una persona puede anunciar un acontecimiento futuro” o también “Predicción que se hace por inspiración divina”, o simplemente “acción de predecir un hecho futuro”. Otros marcan una diferencia entre “predicción” y “profecía” diciendo que predicción es anunciar por conjetura algo que va a suceder, que puede ser por una revelación de Dios, pero también por la observación de ciertos hechos o acontecimientos de los cuales deducen lo que va a ocurrir. Como por ejemplo, Alvin Toffler en su libro “El shock del futuro” que fue escrito en 1970 se refirió a los rápidos cambios que se avecinaban sobre la humanidad en este y en otros libros, y sin ser un profeta, lo que dijo que iba a suceder sucedió y está sucediendo en estos días. Se podría decir lo mismo de Julio Verne, que predijo al menos 10 cosas que se vería en el futuro: (1) El submarino eléctrico, (2) Armas eléctricas (3) Los noticieros (4) Las video conferencias (5) Las velas solares (6) El módulo lunar (7) Amerizaje desde el espacio (8) La publicidad en el aire. (9) El helicóptero (10) Internet. Y todo esto lo predijo hace más de 100 años.

Pero ninguno de ellos fue un profeta en el sentido estricto de la palabra, y tampoco se atribuyeron ese título. Lo mismo se puede decir sobre todas las novelas y películas de ciencia-ficción donde la imaginación de cómo sería el futuro parece cada vez más verosímil en algunos casos, y en otros, raya en lo ridículo.

Cuando nos referimos a la profecía, tenemos que recalcar, en cambio, que es un don de Dios, es decir, un carisma. “Carisma” es una palabra que proviene del idioma griego y casi no se la conocía ni utilizaba antes de la era cristiana, pero tomó relevancia a partir de los escritos del apóstol Pablo, en especial sobre la “gracia” (en griego “caris”) de donde viene la palabra “carisma”, o “don, regalo, obsequio gratuito”. Por ejemplo: la salvación es un don de Dios que no se obtiene por obras sino por gracia, por la gracia de Dios.

Todos los dones o “carismas” provienen de Dios mediante el Espíritu Santo, y entre ellos el don o carisma de la profecía, que no siempre tiene que ver con vaticinios sobre el futuro. A veces los profetas hablan sobre cosas que la gente oculta y entonces las saca a la luz. Por ejemplo, cuando Jesús estuvo hablando con la mujer samaritana le dijo “Ve, llama a tu marido, y ven acá. Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad. Le dijo la mujer: Señor, me parece que tú eres profeta” (Juan 4:16-19)

Esta mujer se sorprendió, porque era la primera vez que veía a Jesús y hablaba con él. Se sorprendió porque Jesús conocía toda su vida, y pensó que era un profeta, no porque le dijo el futuro, sino porque sabía su pasado y su presente. Lo mismo ocurrió cuando la mujer del rey Jeroboam se disfrazó para consultar al profeta Ahías para que le dijera si su hijo enfermo se iba a sanar. Pero apenas entró en la casa, el profeta Ahías que estaba ciego, le dijo “Entra mujer de Jeroboam ¿por qué te finges otra?” (1 Reyes 14:6) Es que al profeta Ahías Dios le habló antes y le dijo que la esposa del rey Jeroboam se iba a disfrazar y que iría a consultar por su hijo.

Un profeta, por lo tanto, es alguien a quien Dios le habla, le revela cosas pasadas, o cosas que la gente quiere esconder; es también alguien que habla en nombre de Dios para exhortar, advertir, dar un mensaje de parte de Dios por medio de ejemplos, parábolas, relatos, representaciones teatrales, cantos, discursos acompañados de música. También los profetas hablaron por medio de objetos como cántaros, papiros, frutas en diversos estados de madurez, invasión de langostas, plomadas, flechas, maquetas de ciudades, muros perforados, vientos, caballos, etc. Otras veces hablaron para consolar, para dar ánimo y esperanza. Y por último, también a veces se han referido a los acontecimientos futuros.

Por eso, no debemos encasillar a los profetas solamente como vaticinadores del futuro, sino como mensajeros de parte de Dios. Fueron y son mensajeros de Dios por medio de los cuales, incluso hoy nos están hablando.

Durante la época de Samuel surgieron en Israel comunidades que llamaban “compañía de profetas” o también “los hijos de los profetas”, que en realidad no eran hijos de profetas sino seguidores de algún profeta, a quienes llamaban “hijos” del mismo modo que el apóstol Pablo llamó a Timoteo “mi hijo”, y Jesús llamó a sus discípulos “hijitos”, en Juan 13:33 “Hijitos, aún estaré con vosotros un poco”, el mismo término lo utiliza Juan en sus epístolas y es el mismo que emplea Pablo cuando escribe a los Gálatas diciendo “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto” (Gálatas 4:19) Así como el apóstol Pablo llamaba “hijos o hijitos” a los que había evangelizado y ganado para Cristo, y también, del mismo modo que Jesús había escogido a sus discípulos, algunos profetas reunían a grupos de seguidores a los que llamaban “hijos de los profetas”.

Algunos creen que Samuel tenía una “escuela de profetas”, donde enseñaba a profetizar, pero eso no es probable, primero, porque no se menciona en ningún lugar de la Biblia la existencia de tal escuela, y en segundo lugar, porque el don o carisma de profecía no se aprende por libros o por algún tipo de enseñanza, sino que se recibe directamente de Dios. Por eso se lo llama “don de profecía”.

Curiosamente las iglesias o comunidades cristianas primitivas funcionaban casi del mismo modo que las “compañías de profetas” o “hijos de profetas” en Israel, cuando se reunían cada semana para dar culto y adoración a Dios. El apóstol Pablo insistió que la iglesia de Corinto procurara profetizar más que cualquier otra cosa que pudieran hacer como iglesia. 1 Corintios 14:1 “Seguid el amor y procurad los dones espirituales, pero por sobre todo que profeticéis” y más adelante describió la forma o la manera cómo se celebraba la reunión de la iglesia diciendo “¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación” (1 Corintios 14:26) y luego añadió “Asimismo los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen” (14:29)

Los profetas debían exponerse al juicio del resto de la comunidad que debía juzgarlos, es decir, debían discernir si la profecía era verdadera o falsa, si era de Dios o de su propia imaginación, si provenía del Espíritu Santo, o provenía de algún espíritu malo. Esto evitaba que alguien pretendiera ser la misma voz del Espíritu Santo, o que dijera que si no hacían caso a lo que les decía serían castigados por Dios. Las profecías deben juzgarse, deben examinarse en la iglesia para evitar abusos. Y Pablo mismo pidió a la iglesia que juzgue lo que él estaba diciendo. El escribió: “Como a sensatos os hablo; juzgad vosotros lo que digo” (1 Corintios 10:15) exponiéndose a sí mismo ante la iglesia y mostrando vulnerabilidad.

En la historia de la iglesia muchos cristianos no siguieron el consejo de Pablo y perdieron el sentido común y la sensatez cuando no juzgaron las profecías que anunciaban el fin del mundo y el arrebatamiento de la iglesia.. Si estos anunciadores de cataclismos se hubieran expuesto al juicio sensato de su comunidad, se habrían evitado muchos errores y grandes decepciones. Veamos algunos ejemplos

- El papa Clemente anunció el fin del mundo para el año 90 después de Cristo.
- En el año 400 Martin de Tours dijo “No hay duda que el Anticristo ya ha nacido
- Hipólito de Roma predijo que Jesucristo retornaría en el año 500.
- Thomas Münster dijo que el fin del mundo sería en el año 1525.
- Cristóbal Colón escribió que el mundo terminaría en 1656

Y podríamos mencionar muchísimos pronosticadores, astrólogos, científicos, teólogos, hombres y mujeres, profetas o no, que se equivocaron y alarmaron inútilmente a la gente.

Algunos se autoengañaron, y otros fueron engañados adrede como ocurrió con un joven profeta a quien Dios le dijo claramente que no volviera por el mismo camino, ni

comiera ni bebiera nada en ese lugar, pero vino un profeta viejo que le mintió y le dijo “Yo también soy profeta como tú, y un ángel me ha hablado por palabra de Dios, diciendo: Tráele contigo a tu casa, para que coma pan y beba agua.” Y el joven profeta le creyó y le siguió. Y esa desobediencia le costó la vida. (1 Reyes 13:18)

Sin embargo, no cabe duda que Dios habló por sus verdaderos profetas en la antigüedad y su palabra se cumplió. Y no cabe duda que Dios sigue hablando hoy en la comunidad, sigue hablando en la iglesia mediante el carisma de la profecía trayendo una enorme bendición, porque nos ilumina en la oscuridad, en especial cuando no sabemos qué hacer. El apóstol Pedro escribió: “Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a un antorcha que alumbrá en lugar oscuro,...” (2 Pedro 1:19)

Por tanto, sigue el consejo de Dios, reúnete en la iglesia que es tu comunidad, aprende a escuchar, déjate corregir, permite que te enseñen y aconsejen, no pretendas saberlo todo. Admite que puedes estar equivocado. Esto se llama sensatez y sentido común. Para eso necesitas de la iglesia, necesitas de tu grupo, necesitas tu comunidad, y la comunidad también te necesita. Nunca dejes de reunirte porque los depredadores andan merodeando para devorar a los que se apartan del rebaño o la manada.

Moisés dijo una vez “Ojalá todo el pueblo de Dios fuese profeta, y que Dios pusiera su espíritu en ellos” (Números 11:29) y este fue también el anhelo del apóstol Pablo cuando escribió “procurad dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis”, (1 Corintios 14:1) y profetizar no significa solamente hablar o vaticinar el futuro, como lo hemos visto, porque anticipar el futuro es solo una de las facetas de la profecía. Y para no caer en manos de los alarmistas y de los manipuladores, ten siempre presente que la profecía más segura es la que contiene los tres ingredientes que señaló el apóstol Pablo en 1 Corintios 14:3 “el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación” (14:3)

Porque todos necesitamos crecer espiritualmente, todos necesitamos aprender y ser mejores día a día. Además, todos necesitamos que alguien nos advierta cuando estamos a punto de cometer un error, o que alguien nos corrija para no seguir cometiendo la misma falta. Y todos, en algún momento, necesitamos que nos consuelen, nos animen y nos conforten, en especial si estamos transitando un tiempo de sufrimiento. Estas son las tres cosas que genera la profecía: edificación, exhortación y consolación. Y este es el consejo de Dios en cuanto al carisma profético: que procures profetizar, es decir, que pidas a Dios que te hable, que ponga en tu corazón lo que Él quiere que digas para que tu grupo o tu iglesia sea edificada, sea exhortada y consolada. Y si no contiene estos ingredientes, ignórala, es una provecía falsa.



Alberto Prokopchuk
Presidente